



Lorenzo de la Resurrección,
La práctica de la presencia de Dios en la vida cotidiana.
SÍGUEME, Salamanca 2021, 156 pp.

Sin presencia de Dios, hay ausencia de Él. Es evidente. Se nota. Ya Santa Teresa decía que «Hay ausencias, muy presentes». Y la de Dios, es una clara muestra. También es cierto que hay ausencias que por ser tales, se las añora más, se las echa de menos. A veces, Dios se ausenta por un tiempo, pero vuelve. El alma, la vida espiritual, necesita esas ausencias pasajeras para, desde la nostalgia, pedirle su regreso. ¿Y si no retorna? Algo no va bien en la fe, en la confianza mutua, en la prueba, quizá.

Es un tema de moda en la espiritualidad: el de la presencia de Dios. No, no es que hubiera pasado o decaído frente a la acción/contemplación, interioridad. Contemplar no es otra cosa que ejercitar la presencia de Dios, practicarla y no alardear de ella.

La «presencia» se veía como algo muy personal, y lo es, como una mística real un tanto vaga e imprecisa, de difícil traducción en palabras. Quedaba más en el ámbito de la experiencia personal de la que no se puede o no se debe hablar por pudor y sensatez espiritual.

Pueden sugerirse caminos, métodos, formas de vivirla como hace este breve tratado que Ed. Sígueme ha editado, no sin riesgo y aventura interior de la vida vivida en su vertiente cristiana. Tratado del siglo XVII, escrito por un hermano carmelita descalzo, fray Lorenzo de la Resurrección (1614-1691), dentro de la espiritualidad carmelitana y considerado un maestro espiritual de la vida cotidiana.

Cada vida religiosa tiene, debe tener, un sustrato antropológico claro. Si no hay antropología clara sustentadora, mal asunto. No todos valemos para el mismo estilo de vida religiosa. En los dominicos, por ejemplo, hay pudor de hablar sobre la propia espiritualidad, la que a cada uno sostiene interiormente.

Pero la hay. Avezados en lo intelectual, comedidos en lo afectivo, poco dados a la comunicación personal de la interioridad, traslucimos en el actuar la pasión que nos mueve dentro o la apatía y acedia acomodaticia e insustancial. No todos, claro. Pareciera que siempre hay que esperar a los escritos póstumos... No hay nada como morir. Lástima, pero así es.

Es este un tratado sereno, una reflexión sensata, que ayuda a pensar, de no fácil aceptación, aunque sea fácil su lectura. Se está de acuerdo porque sin presencia íntima de Dios la acción apostólica y la relacional-comunitaria no se sostendría; sin esa presencia de Dios el seguimiento de Jesús carecería de sentido.



El autor, muy en la línea de Santa Teresa de Jesús, tras una vida soldadesca, ingresa como hermano lego en los carmelitas de París. Vida oculta, trabajo silencioso, cartas discretas de ¿dirección espiritual?, ningún relumbrón, pero sí mucha luminosidad. Es lo que sostiene a la Iglesia en su vertiente mística, gente como Nicolás Hermann, Lorenzo de la Resurrección en la vida del Carmelo. Salvando las



distancias, Fray Martín de Porres tenía una presencia/experiencia de Dios similar; pero como no escribió nada... hemos de apoyarnos en «por sus obras los conoceréis». Las obras de ambos son excepcionales.

El prólogo de Stéphane Robert a la edición francesa, por ser lenguaje muy asequible, es estupendo. Los «dichos» del Hno. Lorenzo, que recuerdan a los apotegmas de los padres del desierto, tienen su aquél. Las 16 cartas son reiterativas, pero con la hondura propia del fraile sencillo. Las «conversaciones» y «costumbres» que narra Joseph de Beaufort (1653-1711), diocesano, con el Hno. Lorenzo, tienen una enjundia peculiar.



El epílogo de Marie Laurent Hué es clarificador en la línea de los otros muchos tratados espirituales sobre la presencia de Dios de los que se abastece la vida del espíritu; es una breve síntesis que nos recuerda la fuerza que la presencia de Dios tuvo en la espiritualidad española de los siglos XVI y XVII, al igual que en la francesa, Francisco de Sales, por ejemplo, pero que encuentra sus raíces en los primeros cristianos, quienes tenían que vivir

esa presencia intensa porque las circunstancias no les dejaban alimentarse con los encuentros, las celebraciones eucarísticas, con los ratos de oración salvo a escondidas y con una intensa de vida interior de oración y presencia de Dios.

Los siglos medievales son claro exponente de esa mística de la presencia divina en el actuar humano: Tomás de Aquino, Eckhart, Taulero, Sussón, Catalina de Siena, Hildegarda de Birgen, Gertrudis la Grande, las Beginas, el anónimo *La nube del no saber* y un largo etc. de fundadores y santos muy activos, pero con una presencia de Dios personalísima, sin la cual no hubieran podido resistir tantas incomprensiones, denuncias y llevar a cabo tanto trabajo espiritual.

Libro que se puede/debe leer para no andarse por las ramas espirituales y sí con los pies del alma bien enraizados. ↪

